

El itinerario de la identidad uruguaya

Carolina González Laurino

1. La experiencia de construir una nación

En el comienzo de esta reflexión resulta de utilidad establecer algunas diferencias analíticas para explicitar los supuestos de partida de la investigación y extraer las consecuencias más evidentes del planteo que aquí se sugiere como referencia interpretativa del proceso político de construcción nacional en Uruguay.

En primer lugar, es preciso diferenciar las conceptualizaciones constructivistas que conciben a la nación como producto de un proceso político, deliberado y consciente de producción verbo-simbólico, de las teorizaciones romanticistas que explican la nación en términos de identidad colectiva, como producto de las particularidades geográficas, biológicas, culturales y sociales de un proceso histórico configurador de espacios singulares de convivencia política.

Considerada como producto histórico, la nación puede legitimarse como nación-contrato o como nación-genio, usando alternativamente las fórmulas contractualista o romántica en la explicación. Sin embargo, desde la perspectiva que entiende la nación como construcción ideológica de carácter político, es posible reconocer ambos tipos de

fundamentación como producciones ideológicas específicas de espacios políticos determinados, sin necesidad de recurrir a concepciones más esencialistas para explicar la producción social de una fórmula política de organización comunitaria.

Especialmente útil para analizar la construcción discursiva de la primera representación social de lo uruguayo en el momento de la refundación moderna del Estado, el enfoque constructivista da cuenta de la funcionalidad política de la *orientalidad*, una creación ideológica de signo etnocultural, producida y legitimada como fórmula nacional a través de los mecanismos estatales de reproducción social.

Es precisamente la idea de la construcción política de la definición social de la nación, la que impide hablar en términos de una identidad nacional única y permanente. Ningún relato de los orígenes, ninguna narración del pasado, por más homogénea y unificadora que se pretenda, es capaz de sustentar una fórmula de identidad invariable en el tiempo. Nuevos presentes generan nuevas demandas de significado, nuevos actores políticos, sociales y económicos, cambian los escenarios y requieren respuestas novedosas ante los desafíos del futuro. Por eso, es posible -y necesario en cualquier análisis ideológico de los discursos políticos que adopten el supuesto de la construcción social de la identidad- trazar caminos para seguir la ruta de la construcción de un relato abierto que se reformula y resignifica en función de cada momento histórico significativo.

Asumiendo que la pregunta por la identidad social se plantea en tiempos de crisis,

CAROLINA GONZÁLEZ

Asistente Social Universitaria. Socióloga. Doctora en Ciencias Políticas y Sociología (Universidad de Deusto, España).

Profesora Adjunta del Departamento de Trabajo Social de la Facultad de Ciencias Sociales (Universidad de la República).

Jorge Larraín ha hablado de cuatro períodos significativos para el cuestionamiento de la identidad latinoamericana.¹ En primer lugar, la conquista y la colonización configuran una matriz identitaria hispanoamericana que se estructura en torno de la figura del indígena como un *Otro* inferior frente al español conquistador. La segunda crisis coincide con la desmembración imperial y la formación de los Estados independientes a comienzos del siglo diecinueve, donde el pensamiento ilustrado, el racionalismo espiritualista y el positivismo, juegan un papel importante en las definiciones sociales. Un tercer período de cuestionamiento surge en el contexto de la Primera Guerra Mundial y la gran depresión económica del capitalismo mundial en los años veinte; un contexto de crisis en el que las hegemonías oligárquicas latinoamericanas comienzan a resquebrajarse y se produce una movilización de las clases medias y obreras que desafía el orden establecido. Nuevas respuestas a la pregunta acerca de quiénes somos, se elaboran en este marco. El cuarto período coincide con los años setenta, con el fracaso de los populismos, la radicalización social y política y el desencadenamiento de una serie de golpes militares en varios países del cono sur, suscitando nuevas preguntas acerca de la identidad.

De alguna forma, la configuración de las identidades nacionales en Latinoamérica puede asociarse a este proceso de configuración continental de la percepción identitaria. De espaldas a un continente que se representa como bárbaro y atrasado, mirado en el espejo de la civilización europea, la definición social del Uruguay no es ajena a estos espacios sociales ni a estos tiempos colectivos. Sin embargo, como producción *nacional*, con propósitos discursivos y funciones sociales específicas, la construcción de la identidad uruguaya reconoce sus propios ritmos.

Revisando elementos de especificidad histórica, Gerardo Caetano ha reconocido tres etapas históricas significativas en el itinerario de la construcción de la identidad

nacional en Uruguay,² dejando abierto el proceso con el planteo de la perspectiva contemporánea de reformulación de la imagen del "país solitario" ante las demandas que plantea la integración regional en el contexto del Mercado Común del Sur.³ Con la intención de presentar una visión global de un proceso político y cultural complejo de apropiación selectiva de recuerdos, imágenes y códigos culturales de relación para la fabricación de referentes unitarios que faciliten la cohesión social en una convivencia plural, se propone un recorrido por las etapas más significativas de la construcción nacional en Uruguay. Si se recupera la idea de la crisis asociada a la pregunta por la identidad,⁴ tal vez sea posible reconocer, incluso, algunas fases intermedias en el cuestiona-

² Gerardo Caetano, "Identidad nacional e imaginario colectivo en Uruguay. La síntesis perdurable del Centenario", en *Identidad uruguaya: ¿mito, crisis o afirmación?* H. Achugar y G. Caetano (comps.), Ediciones Trilce, 3ª. ed., Montevideo, 1993, pág. 80-91.

³ El autor retoma la exhortación a promover "un proyecto sugestivo de vida en común" lanzada por Methol Ferré en el marco de un seminario sobre políticas culturales regionales organizado por Fesur en Montevideo, 1991. "Hay que articular con nitidez el horizonte histórico que nos unifique el futuro con las raíces, e interrogarnos si el imaginario brasileño, el imaginario argentino, y el imaginario uruguayo, actuales, sirven tal como han sido acuñados. Porque han sido acuñados para estar solos y no juntos. [...] Hasta hoy sólo somos variaciones sobre esos marcos y mitos del Uruguay solitario. La historia está hecha para que el Uruguay sea el non plus ultra, por lo menos para los uruguayos. Pero esas raíces no nos sirven para más, y no les sirven más las raíces con que se pensó el imaginario argentino, que es sólo para la gran Argentina, ni es, tampoco, que se nos venga con un Brasil mayor todavía.

Política de la cultura implica un replanteo radical de nuestros imaginarios, lo que significa la revisión más honda de nuestra historia. [...] Nuevos horizontes imaginarios repensados en común por argentinos, uruguayos, brasileños y paraguayos [...]. Es el ámbito que tendríamos que reflexionar". Alberto Methol Ferré. "Relatoria", en *Cultura mercosur. Políticas e industrias culturales*. Hugo Achugar (coord.), Fesur, Montevideo, 1991, pág. 46-47.

⁴ Larraín recoge una reflexión de Kobena Mercer: "la identidad sólo llega a ser un asunto importante cuando está en crisis, cuando algo que se ha asumido como fijo, coherente y estable es desplazado por la experiencia de la duda y la incertidumbre". "Welcome to the jungle: Identity and Diversity in Postmodern Politics", en *Identity, Community, Culture, Difference*. J. Rutherford (ed.), Lawrence & Wishart, Londres, 1990. Citado por Jorge Larraín. Op. cit., pág. 33.

¹ Jorge Larraín. "La identidad latinoamericana: Teoría e historia", en *Estudios públicos*. 55. Centro de Estudios públicos. invierno 1994. pág. 31-64

miento nacional uruguayo, aunque estos planteamientos existenciales no hayan originado síntesis de identificación de densidad comparable a las producidas a finales del siglo diecinueve y principios del veinte. Pero estas reflexiones no pueden plantearse, en este contexto, más que como pistas para nuevas investigaciones y nuevos debates en un planteamiento que pretende ser el inicio de una línea de estudios sistemáticos sobre la “cuestión nacional” uruguaya. Aunque el análisis de la *orientalidad*, como el primer discurso histórico intencionalmente diseñado y presentado con sentido nacional, busca situarse en la perspectiva del largo plazo, la reconstrucción de la historia de la pregunta por la identidad no pretende trascender la exposición descriptiva de las instancias críticas más interesantes del debate sobre la autoidentificación nacional. En este sentido, el trazado de ruta de Gerardo Caetano -tal como ha sido planteado- resulta un camino diseñado “a la medida” de las necesidades de este encuadre.

1.1. El origen del Estado uruguayo

La búsqueda de referencias nacionales comienza con el proceso de creación del Estado⁵ entre la *Cruzada Libertadora* de 1825 y el Juramento de la Constitución política en 1830, evitando toda referencia a la firma de la Convención Preliminar de Paz en 1828. En realidad, la creación del Estado se propone como un momento referencial en la formulación política de un sentimiento preexistente de comunidad. Sin embargo, hacia 1830 no es posible hablar de definición nacional si no es en los términos formales del contrato social que representa el discurso constituyente de la vida republicana.

A pesar de la sobriedad simbólica de la imagen contractual, la primera Constitución de la República se convertirá en referente político de unidad frente a la división de las continuas guerras civiles que enfrentaron a

los partidos políticos⁶ a lo largo del siglo diecinueve. Tal vez, en este sentido, sea posible releer el primer texto constitucional como referencia política de identidad social. La Carta constitucional de 1830 es la única imagen coligante a la que remiten los grupos vinculados a la administración de los asuntos públicos en sus consignas suprapartidarias, que pronuncian en carácter de discursos de Estado. Entre las discrepancias de los comentaristas de la Constitución de 1830 resulta interesante recordar la lectura de los historiadores Pivel Devoto y Alcira Ranieri, que subraya el aporte constitucional en la generación de la cohesión social de la incipiente sociedad política uruguaya.

*“La Constitución de 1830 podrá no haber reflejado enteramente nuestra realidad, pero sin duda -y esto es fundamental- revistió para los orientales los caracteres de un símbolo. Los constituyentes supieron rodear a la obra de 1830 de un sentimiento casi místico que convirtió aquella carta en algo sagrado a los ojos de los pueblos: “el código fiel” colocado por encima de los partidos en la intención de los hombres; exaltado en la literatura política de la época como el mayor legado de nuestros próceres, invocado por los caudillos y por los hombres de principios, por el gobierno y el pueblo, cada vez que llegaba el momento de deponer las armas tras la revolución que había colocado al país al margen de sus disposiciones. Se remitía siempre la solución de los problemas nacionales, al espíritu de concordia del código de 1830”.*⁷

A pesar de los esfuerzos de la historiografía nacionalista por presentar el momento de la creación del Estado como la culminación de un proceso político de maduración nacional, la comunidad está demasiado desestructurada para configurar una

⁵ Si se toma en cuenta que el historiador uruguayo se refiere específicamente a la construcción nacional de la identidad política, se comprende porque -a diferencia de la periodización del proceso latinoamericano- la autopercepción del Uruguay comienza a plantearse como problema recién a partir del momento de creación del Estado.

⁶ Como anotan Caetano y Rilla -retomando una aportación crítica de la historiografía uruguaya- “hablar de partidos nacionales en los cincuenta años que siguieron a la independencia es hablar en términos de aproximación y metáfora invertida: no fueron estrictamente partidos ni fueron en absoluto nacionales”. Gerardo Caetano y José Rilla. *Historia contemporánea del Uruguay. De la Colonia al MERCOSUR*. Fin de Siglo, Montevideo, 1994, pág. 54.

⁷ Juan Pivel Devoto y Alcira Ranieri. *Historia de la República Oriental del Uruguay*. Editorial Medina, Montevideo, 1972, Tomo 6: “El nacimiento de la República”, pág. 45-46.

autopercepción nacional de la identidad política durante los primeros cincuenta años de vida independiente.⁸ A la indefinición jurídica de las fronteras territoriales del nuevo Estado se sumaban los nexos sociales, culturales, políticos y económicos con el entorno argentino y brasileño, que constituían un continuo sociopolítico en el que se producían múltiples formas de intercambio, fuertes vinculaciones partidarias y relaciones económicas que no reconocían limitaciones legales.

La investigación de Chiaramonte sobre la formación de las identidades políticas rioplatenses en el período inmediatamente posterior a la creación de los nuevos Estados reconoce un fenómeno frecuente de coexistencia de diversas formas de identificación colectiva en la que prevalece la identidad *hispanoamericana*, elaborada a partir de la significación colonial del sentimiento de *español americano*.⁹ El autor plantea que “*esas variantes de identidad política, [...] no eran otra cosa que formas alternativas del sentimiento público, correlativas de las fuertes tendencias a formar Estados distintos del Estado nacional que habría de imponerse en*

la segunda mitad del siglo”.¹⁰ Si se piensan las independencias latinoamericanas como el desenlace de la desintegración de los imperios ibéricos,¹¹ es posible interpretar esta relación no conflictiva entre identidades distintas como un indicador de la inmadurez del autorreconocimiento nacional en las sociedades delimitadas por el contorno jurídico trazado por los nuevos Estados.¹²

Desde su nacimiento hasta el comienzo de su deconstrucción como relato unificador del pasado, las historias nacionales han mantenido un vínculo sacralizado con el tema del origen, cuidando de no romper la relación mítica entre el Estado como administración secularizada de poder y la nación como fuente de legitimación política. Analizando el tratamiento historiográfico nacionalista del tema de los orígenes de los Estados latinoamericanos, el historiador argentino señala la paradójica interpretación *nacionalista* de los discursos americanistas producidos por los movimientos independentistas: “*que los hombres de la Independencia hablen como americanos y nosotros los “escuchemos” como mexicanos, venezolanos, peruanos, chilenos o argentinos...*”¹³

⁸ Como explica el historiador argentino Chiaramonte, el problema de la organización estatal era común en la América postcolonial. “*En todos los casos, una vez superadas las vacilaciones iniciales respecto de la Independencia, el problema sería el de la organización de nuevos Estados soberanos, no el de dar forma estatal a alguna supuesta nación preexistente. En los procesos políticos abiertos por la Independencia no existió la cuestión de la nacionalidad, que se instalará en correspondencia con la difusión del Romanticismo*”. José Carlos Chiaramonte. “Modificaciones del Pacto Imperial”, en *De los imperios a las naciones: Iberoamérica*. A. Annino, L. Castro Leiva y F-X. Guerra (dirs.), IberCaja, Zaragoza, 1994, pág. 108-109.

⁹ José Carlos Chiaramonte. *Boletín del Instituto de historia Argentina y Americana* “Dr. E. Ravignani”, tercera serie, n° 1, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 1989, pág. 71. José Chiaramonte analiza la coexistencia de tres formas de identidad política en el momento inmediato posterior a la declaración de la independencia argentina, en 1819: *hispanoamericana*, derivada de la figura colonial del español americano; *provincial*, relacionada con el sentimiento de arraigo al lugar de nacimiento y *rioplatense*, definida ambiguamente en torno a la cuenca de un río de límites imprecisos.

¹⁰ *Ibidem*, pág. 72.

¹¹ “*La dificultad en el tratamiento del tema reside en que bajo el efecto del supuesto teórico adoptado -el de que las nacionalidades contemporáneas surgen de grupos con identidades étnicas definidas- no se advierte que las identidades que estamos estudiando son las producidas en el plano de la “conciencia pública”, en el plano de lo político. Así, se tiende a definir una identidad ya en el período colonial, correspondiente al marco de las futuras naciones, cuando el problema es que coexistían variadas identidades que se definían en función del plano de relaciones que las solicitase. Ubicándonos en una región dada, la rioplatense por ejemplo, podemos observar que se era español frente al resto del mundo, español americano frente a lo español peninsular, rioplatense frente a lo peruano, provinciano frente a lo capitalino, porteño frente a lo cordobés... La dominación española no dejó otra cosa que un mosaico de sentimientos de pertenencias grupales, con frecuencia manifestados como colisión de identidades (rivalidades de americanos y peninsulares, de rioplatenses y peruanos, por ejemplo), cuya relación con los sentimientos de identidad política construidos luego de la Independencia será variada y pocas veces armónica. Y cuya correspondencia a recortes territoriales amplios no es tampoco cosa probada*”. José Carlos Chiaramonte. (1994), Op. cit., pág. 127.

¹² José Carlos Chiaramonte. (1989), Op. cit., pág. 73.

¹³ José Carlos Chiaramonte. *El mito de los orígenes de la historiografía latinoamericana*. Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”, Buenos Aires. 1991, pág. 8.

1.2. La producción moderna de un discurso tradicional

No será sino hacia el último cuarto del siglo diecinueve, cuando comience a gestarse el interés moderno por legitimar una estructura de poder que, habiendo conseguido el monopolio del uso legítimo de la coacción, lograba consolidar su hegemonía sobre todo el territorio estatal. Tal vez sea posible reconstruir, mediante la caracterización de los rasgos salientes de este período histórico, las condiciones de posibilidad de un discurso nacionalista en el Uruguay de fines de siglo.

La complejización capitalista de los niveles de interdependencia productiva estaba generando un mercado internacional hegemónico por el predominio imperial británico, en el que Uruguay comenzaba a integrarse a partir de una asimétrica relación de intercambio que no sólo contribuyó a transformar la economía uruguaya, sino que provocó cambios en la estructura del Estado y en la sociedad tradicional uruguaya. Relativizando visiones dependentistas de este proceso, puntualizan los historiadores Caetano y Rilla: *“la idea de modernización de América Latina es particularmente útil si no se la emplea como mera adaptación a un ritmo universal (por más envolvente que este fuera) y si se acude a ella para observar en términos comparativos un conjunto de cambios sociales, políticos y culturales. [...] Desde el punto de vista político, a partir de un Estado robustecido, la modernización implicó una laicización de la autoridad, la diferenciación de las instituciones y la expansión de la participación política”*.¹⁴

Paulatinamente sustituido en el terreno económico por los sectores inmigrantes urbanos en ascenso y los ganaderos-empresarios organizados como grupo de presión, el patriciado montevideano fue perdiendo también su capacidad de respuesta política ante las nuevas demandas sociales de la transformación modernizadora del país. El ascetismo político que representaba la corriente principista, mediante el que los antiguos sectores dirigentes pretendían unir las divisiones, eliminando el caudillismo y las luchas

civiles, fue desplazado por los nuevos grupos hegemónicos en favor de soluciones políticas más operativas. Respuesta a los reclamos de industriales, comerciantes y ganaderos, la modernización social y económica vino de la mano de los gobiernos militares¹⁵ de Latorre (1876-1880) y Santos (1882-1886) que lograron consolidar un poder político centralizado mediante la “refundación” moderna del Estado.

El proceso de transformación productiva -fundamentalmente rural- iniciado por los nuevos sectores económicos preponderantes contó con un poder político estable, cada vez más racionalizado y concentrado, que fue capaz de asegurar el orden social, imponer un paréntesis de paz política en medio de las continuas guerras civiles, apoyar jurídicamente la consolidación del derecho de propiedad y proporcionar los soportes de infraestructura necesarios para el desarrollo de las nuevas formas de producción.

Siguiendo la tendencia marcada por las corrientes ideológicas debatidas en los círculos intelectuales del país, el Estado también asumió la secularización progresiva de las instituciones públicas, en un proceso que se puede seguir en el rastro de las disposiciones, decretos y leyes de este período: en 1861 se decreta la secularización de la administración de los cementerios; en 1877 se sanciona el decreto-ley de educación común que establece un sistema público sustentado

¹⁵ Los historiadores contemporáneos cuestionan como desmedida la calificación de “militarismo” con la que se ha calificado este período de excepción. *“Pese a la calificación de militarismo con que los doctores del principismo quisieron marcar y zaherir el régimen inaugurado por Latorre, el hecho es que este gobernante no actuó, durante su mandato, como plenipotenciario o fideicomisario del Ejército en el Gobierno ni, menos aún, intentó configurar un orden caudillesco militar, sustitutivo de las tradiciones blanca y colorada. De ahí que al retirarse del escenario político, las Fuerzas Armadas que le respetaron y le apoyaron en cuanto Jefe de Estado, responsable del orden interno y de la seguridad exterior, no se sintieron conmovidas ni arrastradas por una responsabilidad subsidiaria ni tampoco agraviadas por la caída de un caudillo carismático, supuesto intérprete de privilegios y beneficios de una casta entronizada en el poder y presentaron armas al sucesor constitucional, Dr. A. Vidal”*. Washington Reyes Abadie y Alfredo Vázquez Romero. *Crónica general del Uruguay*. vol. II: “La emancipación”. Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo, s.f. pág. 411. Subrayados del texto.

¹⁴ Gerardo Caetano y José Rilla. (1994) Op. cit., pág. 74.

en los principios de universalidad, obligatoriedad, gratuidad y laicidad; en 1879 el Registro de Estado Civil sustituye los registros eclesiales; en 1885 se establece el matrimonio civil obligatorio y los juicios de divorcio, separación y nulidad se administran por la justicia civil; la ley de Conventos desconoce la validez civil de los votos eclesiásticos, prohíbe que los conventos aumenten su número de internos o admitan nuevos novicios, y dispone el control estatal del orden y la higiene de estas casas religiosas; por último, también en 1885 se sanciona la ley que regula la enseñanza pública secundaria y superior.

Concebido como instrumento de homogeneización cultural, la reforma moderna del sistema educativo es una de las piezas claves en la generación de la cohesión de una sociedad que ya comienza a concebirse en términos nacionales.

Debatiendo los supuestos historiográficos con relación a la investigación sobre los orígenes de las nacionalidades hispanoamericanas, José Chiaramonte ha advertido sobre la tentación de presentar la nación como exclusivo producto de creación estatal.¹⁶ En efecto, el empleo de los medios estatales de persuasión y control social no habilitan a plantear la nación como un discurso unívocamente producido desde el poder, ya que la construcción nacional es una elaboración acumulativa que resume el aporte de intelectuales y artistas que pueden no tener ninguna vinculación directa con el sistema de dominación estatal, como ocurre en el Uruguay del siglo diecinueve. Desalojados del poder, los grupos letrados que formaban el prestigioso patriciado montevideano¹⁷ no quedaron al margen de la vida pública; fueron los constructores de una tradición nacional -la *orientalidad*- que ayudaría a legitimar el proceso de refundación moderna del

Estado uruguayo.¹⁸ No obstante, la efectivización de esta creación intelectual tendría que contar necesariamente con la instrumentación y difusión estatal para su consolidación como discurso público.

Paradójicamente, la *orientalidad* se afirma como espacio civilizado mediante una apropiación significativa de su contrario (la barbarie), en una síntesis mitificadora que es, en sí misma, un recurso político de negación. Enalteciendo como figuras históricas al gaucho errante y su caudillo, la generación del 78 les otorga un lugar privilegiado en la tradición nacional, pero también entierra míticamente en el pasado heroico a las montoneras detestables y sus caudillos y borra del presente la incómoda presencia del habitante de los "pueblos de ratas", formados con los gauchos vagabundos expulsados por el alambramiento de los campos.

Las dos elaboraciones sociales de lo nacional se generan con posterioridad en contextos de cambios sociales, económicos y políticos profundos, a los que se puede encuadrar globalmente como procesos de modernización. La incorporación de una perspectiva de largo plazo en la generación discursiva de la nacionalidad, permite identificar la *orientalidad* como una definición etnocultural que recurre a la idealización de un espacio extraño y adverso al proyecto civilizador que se impulsa desde el Estado, y una segunda fórmula más inclusiva, la *uruguayidad*, planteada en términos contractualistas, como posibilidad de adhesión a un proyecto político que se elabora en un contexto de mayor estabilidad.

1.3. El sustento ideológico de la uruguayidad

Durante el primer tercio del siglo veinte, el Uruguay vivió un replanteo de su imagen nacional, en el marco de la experiencia reformista tradicionalmente asociada con el

¹⁶ José Carlos Chiaramonte. (1991). Op. cit., pág. 10.

Para relativizar esta afirmación es necesario precisar que la historiografía uruguaya ha señalado una serie de actitudes respecto de los gobiernos militares en el patriciado montevideano. Si la coherencia de algunos principistas les llevó a la oposición de una experiencia política que era legítima, otros asumieron una actitud del nuevo positivismo) que con sus elogios y apocrifos concretas medidas modernizadoras educativas es el ejemplo paradigmático.

¹⁸ Sobre la relación del patriciado uruguayo con los gobiernos militares (1876-1886) y su participación en la formación de la conciencia nacional de finales de siglo diecinueve, cfr. María Inés de Torres. *¿La nación tiene cara de mujer? Mujeres y nación en el imaginario del siglo XIX*. Arca, Montevideo, 1995. p. 19-20; Hugo Achugar. *Poesía y sociedad (Uruguay 1880-1911)*. Arca, Montevideo, 1985. p. 57-109; Benjamín Nahúm. *Manual de Historia del Uruguay*. 2 tomos, Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo, 1994, pág. 202-203.

período batllista,¹⁹ que fundaría una sociedad moderna y plural sostenida por una política pública redistributiva²⁰ cuyas principales características pueden ser asociadas con el modelo social del Estado de bienestar, que se inaugurará en Europa tres décadas más tarde.²¹

Esta vez, la nueva representación social no se formulará como discurso alternativo desde un espacio ajeno al poder, ni será producto de una conciencia cultural nacionalista en busca de sus orígenes ancestrales. La *uruguayidad* es un producto simbólico de la política integradora de un Estado que se concibe cosmopolita e incluido en un proyecto universal. Adoptando los mitos laicos de la herencia francesa revolucionaria, el Estado buscó generar el diseño de un “país modelo” abierto al mundo y, por tanto, contrario a cualquier intento de afirmación cultural de tono nacionalista.²² Pero esta elaboración simbólica que formaba parte del modelo batllista de modernización y reforma social,

contenía la paradoja de una refundación ideológica de la nacionalidad.²³ Receptor entusiasta de tendencias mundiales e influencias externas, el nuevo proyecto nacional uruguayo que lidera, desde el Estado, el sector batllista del Partido Colorado, será cuestionado por el Partido Blanco, -desde su original fracción caudillista hasta el sector doctoral autodefinido como “nacional” en la década del setenta-. En este sentido, es que Gerardo Caetano identifica, con ciertas cautelas,²⁴ la configuración política de la nacionalidad, con el perfil universalista del Partido Colorado, asociando la construcción de lo autóctono con la nota telúrica que reivindicaba, en oposición, el Partido Blanco.²⁵

En una formación tan inclusiva de la nacionalidad, se establecerá una dinámica muy fluida de intercambio cultural con experiencias sociales generadas más allá de las fronteras definidas como nacionales. El historiador uruguayo explica la importancia de la función del “afuera” en la cimentación “bat-

¹⁹ A pesar de reconocer la significación política del movimiento batllista en la construcción del Estado social en el Uruguay del siglo veinte, los historiadores han cuestionado la atribución de la sociedad moderna y democrática que nace en este proceso a la acción exclusiva de Batlle y o de su partido político. La interpretación contemporánea ha tratado el tema como la concreción de un proyecto social que involucró actores diversos y fue capaz de sintetizar creativamente las herencias del pasado. En este sentido, se busca la comprensión global de las tendencias históricas en la larga duración, dejando de lado las explicaciones deterministas que pasan por alto la creatividad de un aporte político singular, tanto como las “interpretaciones titanescas” que no traspasan la dimensión estrecha de la apología. Cfr. Carlos Real de Azúa. *Uruguay, ¿una sociedad amortiguadora?* Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo, 1984. p. 45-46; o Gerardo Caetano. (1993), *Op. cit.*, pág. 84 y N. 26.

²⁰ Aunque la historiografía uruguayo discute el protagonismo del batllismo -una fracción política renovadora surgida en el seno del Partido Colorado desde hacía cuatro décadas en el ejercicio del poder- en la reforma social, política, económica y cultural, que transformó al país en las tres primeras décadas del siglo veinte, la idea del “reformismo batllista” continúa siendo una referencia aceptada para identificar el surgimiento del Estado social en Uruguay.

²¹ Cfr. Carlos Real de Azúa. (1984), *Op. cit.*, pág. 43.

²² Reconstruyendo los distintos aspectos que involucró la experiencia batllista, los historiadores Caetano y Rilla concluyen con una referencia a los aspectos ideológicos y simbólicos de una reforma política que

no sólo había transformado la relación económica entre la sociedad y el Estado: “*Existe todavía un plano más para el análisis del reformismo, que alude a las dimensiones éticas y culturales que se vieron removidas a su paso. La utopía batllista rezumaba un tono iconoclasta, desdeñoso de las convenciones admitidas; pretendía un “hombre nuevo” liberado “de las cadenas de los prejuicios seculares”, según reclamaba Domingo Arena, amigo y confidente de Batlle; militaba en favor del anticlericalismo, del matrimonio libre, del divorcio por la sola voluntad de la mujer (también “nueva” ella). Con una presencia extranjera en el país todavía muy fuerte, prefería un “nacionalismo” más ontológico que telúrico, más integrado a las seducciones del mundo que prevenido de sus tentaciones. En suma: antes que la crispación de una frontera, el abrazo a un mundo sin fronteras. Todo ello, claro está no solo congregó voluntades entusiastas; también convocó los miedos y resistencias con que toda sociedad -para bien o para mal- se defiende del cambio.*” Gerardo Caetano y José Rilla. (1994), *Op. cit.*, pág. 120. Subrayados del texto.

²³ No obstante, como ha señalado Real de Azúa, esta “obra nacionalista” no alude a una entidad cultural inmanente a la organización estatal, simplemente argumenta la estatización de las empresas extranjeras de servicios considerados esenciales, como estrategias de nacionalización y genera políticas económicas proteccionistas para estimular el desarrollo de la incipiente industria uruguayo. Carlos Real de Azúa. (1984), *Op. cit.*, pág. 44-45.

²⁴ Gerardo Caetano. (1991), *Op. cit.*, pág. 31.

²⁵ *Ibidem*, págs. 27-28 y 31-32.

llista” de la identidad nacional,²⁶ mediante la enumeración de un conjunto de actitudes gubernamentales²⁷ que fueron configurando una postura de Estado con relación al escenario internacional.²⁸

La profundización del proceso de secularización iniciado en la segunda mitad del siglo diecinueve también puede leerse como expresión de esta “obsesiva” necesidad estatal de integración de la comunidad nacional.²⁹ La resignificación política de la diversidad conduce a la valoración positiva del

aporte cultural del inmigrante, al que se invita a participar de un nuevo espacio social sin pedirle que renuncie a sus tradiciones, sus costumbres, sus formas de pensar, su religión... Para eso, el Estado tiene que ser laico e integrador, proporcionar protección y seguridad a todo aquel que quiera formar parte, como ciudadano, del proyecto colectivo de la *uruguayidad*.

Con relación al proyecto estatal³⁰ de la *uruguayidad*, explica Gerardo Caetano, “*Primó con claridad un modelo integrador de base uniformizante, sustentado en todo un discurso oficial que privilegiaba nítidamente la meta del “crisol de identidades” sobre un eventual intento de armonizar lo diverso desde el respeto de las tradiciones preexistentes. Fue en algún sentido una nueva traducción de la idea del ‘país modelo’ que, si bien tuvo un éxito indudable en la forja de una nacionalidad inclusiva que impedía grandes marginalizaciones culturales o políticas, pagó también los costos de una integración demasiado referida a la medianía y al consenso, que a menudo terminó sancionando la diferencia y aun la innovación.*”³¹

1.4. La deconstrucción de la Suiza de América

En un contexto de expansión económica y social, el Uruguay de la segunda posguerra vive el período optimista que, durante la década del cincuenta, consolida la leyenda de la Suiza americana, que había construido la representación social del Uruguay

²⁶ El autor advierte, no obstante, sobre el empobrecimiento del análisis con una mirada “batllicéntrica” que sostenga la identidad exclusivamente batllista de un proyecto que concitó múltiples y diversas adhesiones políticas y sociales. *Ibidem*, pág. 31.

²⁷ *Ibidem*, pág. 32. En otro trabajo, el autor cita una referencia periodística a la formación de esta dimensión universal en la escuela pública, vehículo privilegiado en la configuración de la nacionalidad como experiencia política de inclusión social. Bajo el título: “El Uruguay es un país gobernado por locos” un periódico de la época publica una entrevista realizada a la periodista inglesa Rosita Forbes, que comenta: “He visitado numerosas escuelas en el Uruguay y me ha asombrado ver que los niños sabían quién es Bernard Shaw o Lenin, pero desconocen en absoluto el nombre de los apóstoles”. *La Tribuna Popular*. Montevideo, 5 de febrero de 1932. Citado por Gerardo Caetano. (1993), *Op. cit.*, N. 30, pág. 94.

²⁸ Destaca, especialmente, la ya referida ley de feriados oficiales aprobada en 1919 que, además de la secularización de las fiestas religiosas (cfr. Capítulo 7, N. 33), dispone un tercio de los festivos nacionales a solemnizar acontecimientos asociados con esta participación simbólica en la experiencia de construcción de una civilización universal: así el 1 de mayo se festeja el Día de los Trabajadores, el 2 de mayo el Día de España, el 25 de mayo el Día de América, el 4 de julio el Día de la Democracia, el 14 de julio es el Día de la Humanidad y el 20 de setiembre el Día de Italia. *Ibidem*, pág. 31. El autor remite a una publicación de 1930 titulada *La república del Uruguay en su primer centenario (1830-1930)* de Celedonio Nin Silva, editada en Montevideo por Sureda.

²⁹ Ya en los inicios del proceso modernizador, el autor de la reforma escolar se adelantaba a señalar la importancia de la secularización de la enseñanza estatal como forma de desarrollar la capacidad integradora del Estado. “*La cuestión es perentoria: el problema exige una solución inmediata. Millares de inmigrantes, no católicos, nos llegan todos los años, de Inglaterra, de Francia, de Alemania, de todos los países donde domina el protestantismo. ¿Qué haremos con ellos y con sus hijos si persistimos en imponer en las escuelas la enseñanza de la religión católica?*” José Pedro Varela. *Obras Pedagógicas. La educación del pueblo*. Biblioteca Artigas, Colección de Clásicos uruguayos, vol. 50, tomo II, Montevideo, 1964, pág. 101.

³⁰ Si bien muchos analistas han hablado de la omnipresencia del Estado en la vida social desde la época de la colonia -un Estado que, a pesar de su debilidad, es capaz de articular políticamente una sociedad aún más desintegrada- durante las primeras décadas del siglo veinte, el diseño público de la nacionalidad es particularmente evidente. Al respecto, comenta Germán Rama: “*El Estado formó la sociedad de acuerdo con las prioridades de integración nacional, de institucionalización y de identificación entre sociedad y Estado a través del proceso político democrático. [...] La integración democrática estableció en el largo plazo la identidad de la sociedad uruguaya, pero su precio en el corto plazo fue un consenso integrador que implicaba un freno al cambio.*” Germán Rama. *La democracia en Uruguay. Una perspectiva de interpretación*. GEL, Buenos Aires, 1987. Citado por Gerardo Caetano y José Rilla. (1994), *Op. cit.*, pág. 109.

³¹ Gerardo Caetano. (1993), *Op. cit.*, pág. 85-86.

como una nación de ciudadanos ilustrados, de clase media, siempre dispuesta a la negociación en busca del consenso, en una sociedad de carácter igualitario -igualada por la función asistencial de un Estado protector- en un contexto de estabilidad institucional y política.³² Esta reafirmación “mesocrática” del país modelo, que vivía la euforia de los triunfos deportivos en medio de una prosperidad económica débilmente soportada por los efectos de la Guerra de Corea, sustentará un proyecto restaurador de signo reformista que, legitimado en la tradición, se presenta como un nuevo batllismo.³³ A pesar de promover adhesiones mayoritarias, aquella autorrepresentación suficiente de la nacionalidad estaba lejos de la unanimidad. Como colección de identidades, la *uruguayidad* contenía, ya en su época de esplendor, los anuncios de su progresivo desgaste, expresado a través de las voces críticas de los disidentes.³⁴ Quizás puedan buscarse nuevas pistas acerca de la identidad uruguaya en el producto colectivo de esta generación intelectual.³⁵

Pero si la evidencia social de la crisis económica condujo a la derrota electoral de la restauración neobatllista en 1958, no consiguió destruir los sustentos míticos del “país modelo”, proporcionando un “pasado de oro” que, como nueva referencia fundacional, venía a sustituir la deficiencia narrativa de la primera versión de los orígenes nacionales.³⁶ La década del sesenta presentaba los signos de la ruptura de un modelo y de una forma de concebir la nación, que no admitía ya demasiadas restauraciones. Con la percepción colectiva de la crisis de la imagen social de la identidad uruguaya formada en el marco del “modelo batllista” se configuraba un escenario conflictivo que abría la posibilidad de nuevas búsquedas, negaciones del pasado y nuevas resignificaciones históricas.³⁷ El mundo intelectual tampoco permanecía ajeno a los desafíos del momento. En 1967, Methol Ferré presentaba su memorable problematización del Uruguay en respuesta a la convocatoria oficial del Instituto de Economía de la Universidad que, retornando una vez más sobre el cuestionamiento de la viabilidad nacional, organizaba un seminario en torno de la sugerente pregunta: “¿Cuáles son las posibilidades de independencia real, si es que existen, de un país como el Uruguay?”.³⁸

Durante los años siguientes,³⁹ la vivencia colectiva de la crisis de identidad del Uruguay se profundiza a medida que se van

³² Cfr. Juan Rial. “El ‘imaginario social’ uruguayo y la dictadura. Los mitos políticos de [re]construcción”, en *De mitos y memorias políticas*. Carina Pirelli y Juan Rial. Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo, 1986, pág. 22-25. La referencia está tomada de Gerardo Caetano y José Rilla. (1994), Op. cit. “El Uruguay feliz y sus mitos fundacionales”, pág. 172-173.

³³ “Treinta años después, [del gobierno de José Batlle y Ordóñez] el batllismo de Luis se afincó cómodamente en los umbrales del éxito de su tío; apostó mucho más a la recuperación que a la proyección, más a lo conquistado que a lo por conquistar. Es cierto que el mundo era definitivamente otro, en algún sentido bastante más hospitalario, pero ello no hizo más que reafirmar el rol del Estado en el apuntalamiento de la vocación industrialista que el “primer batllismo” ya contenía. La adhesión a la democracia liberal fue en cambio un componente distintivo de la experiencia; más aún, pasó a tener valor de identificación nacional en una América Latina sacudida por los populismos”. Gerardo Caetano y José Rilla. (1994), Op. cit., pág. 176.

³⁴ “La generación del 45” o “generación crítica” como la llamara Ángel Rama, con su aire de ruptura respecto de los supuestos tradicionales del “orgullo ingenio” de los uruguayos, con su visión de la crisis nacional y del “agotamiento irremediable” del “país batllista” y su modelo de convivencia”. *Ibidem*, pág. 150.

³⁵ Recuperando viejas exploraciones, Caetano y Rilla sintetizan el aporte cultural y político de algunas visiones y perspectivas colectivas a la historia de la construcción comunitaria, en el marco de una recuperación analítica de la “siempre resbaladiza categoría de “generación”” como “elemento ordenador de la secuencia temporal y como factor de identificación colectiva en el seno de las sociedades”. *Ibidem*, pág. 150.

³⁶ Cfr. Gerardo Caetano. (1991), Op. cit., pág. 25.

³⁷ *Ibidem*, pág. 33. El autor remite al análisis de estas formulaciones discursivas en el trabajo del politólogo Francisco Panizza. *Uruguay: Batllismo y después. Pacheco, militares y tupamaros en la crisis del Uruguay batllista*. Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo, 1990.

³⁸ Alberto Methol Ferré. *Uruguay como problema, en la cuenca del Plata, entre Argentina y Brasil*. Diálogo, Montevideo, 1967, pág. 11.

³⁹ A mediados de la década del cincuenta, la paralización del desarrollo industrial anunciaba el agotamiento del modelo de sustitución de importaciones. En el terreno económico, el estancamiento provocó la sustitución del Partido Colorado en el gobierno -que había ocupado durante casi cien años- por su tradicional opositor. El cambio de orientación económica, que buscaba devolver el liderazgo del crecimiento al tradicional sector ganadero-exportador, fue resistido tanto por los grupos capitalistas asociados a la industria protegida, como por un movimiento sindical sólidamente organizado. Como respuesta política, el Partido Colorado volvió al poder en 1967. En el marco de creciente especulación, fuga de capi-

resquebrajando todas las “certidumbres colectivas” que cimentaran la imagen social acuñada desde el Estado, ese gran articulador del espacio social. La dictadura militar no contribuirá sino a exponer con total desnudez la caducidad del modelo consensual de amortiguación social prefigurado desde la colonia, producido por el siglo diecinueve⁴⁰ y simbólicamente reformulado por el batllismo.⁴¹

1.5. Los nuevos sentidos de la retrospectiva

Desde la caracterización cepalina de los ochenta como “la década perdida”, hasta las reflexiones postdictatoriales generadas por intelectuales y artistas uruguayos, el período dictatorial se experimenta como una brecha en el proceso colectivo de creación social del Uruguay. Al respecto, comentan Caetano y Rilla: “*Toda la literatura de ciencias sociales y de ensayos acerca del país y su gente parece avalar la idea de que los uruguayos vivieron entonces una ruptura profunda de buena parte de su trabajosa acumulación histórica*”.⁴² La dictadura militar (1973-1984) se representa socialmente como

una fractura⁴³ en un proceso de construcción colectiva del Uruguay como lugar común, como espacio a la vez cuestionado, deseado y asumido como referente de convivencia. Esta perspectiva permite procesar el pasado inmediato en términos colectivos y plantear nuevas preguntas que promuevan una revisión crítica y una apropiación significativa de los períodos fundacionales de la historia compartida. En este sentido, tal vez sea posible plantear la reconstrucción de un nuevo referente comunitario postdictatorial, que reformula el tiempo mítico del pasado de oro y toma distancia de los cuestionamientos angustiosos de la década del sesenta, para pensarse como algo nuevo frente a los retos del futuro, donde la integración regional es uno más de los desafíos a enfrentar.

En la valoración de los aportes recogidos en el seminario sobre identidad nacional, realizado en Montevideo en 1992,⁴⁴ el historiador argentino Fernando Devoto señalaba “*una dualidad que he creído percibir en muchas de las intervenciones [...] entre un pasado que a la vez se quiere desacralizar pero cuyos ecos positivos se desearía que sobrevivieran*”.⁴⁵ Como observador externo contribuía a su función como espejo en este paradójico proceso de crítica que emprendían los intelectuales uruguayos a comienzos de los noventa.

Si como decía Gerardo Caetano, ya no hay lugar para nuevas restauraciones de aquel pasado de oro que convertía al Uruguay en la *Suiza de América* y a Montevideo en la *Atenas del Plata* ni, como advierte Methol, se puede recomponer aquella primera construcción nacional del *Uruguay solitario*, tampoco se ha generado un nuevo proyecto nacional con suficiente capacidad de convocatoria como para suscitar nuevas adhesio-

tales y la aceleración del proceso inflacionario, en 1968 se implementa un plan de estabilización que logra su aplicación sobre la base de la instauración de medidas de seguridad, un régimen constitucionalmente previsto como excepción. El éxito de las medidas estabilizadoras en un contexto internacional favorable se desvanecerá en 1971, cuando los objetivos electorales requieran la subordinación de la política económica. A partir de entonces, el desequilibrio económico se acentuará y se agudizarán las tensiones sociales, en medio de la violencia política y la creciente participación militar. El 27 de junio de 1973, se produce la fractura institucional que inaugura una dictadura cívico-militar, que culminará con la convocatoria a elecciones nacionales en diciembre de 1984, en un proceso gradual de apertura que comienza con la derrota del proyecto constitucional que los militares plebiscitan en 1980.

⁴⁰ Cfr. Gerardo Caetano y José Rilla. (1994), Op. cit. especialmente págs. 55-56 y 91-92.

⁴¹ Cfr. una reflexión sobre el Uruguay como sociedad amortiguadora en el trabajo de Carlos Real de Azúa. (1984), Op. cit.

⁴² Gerardo Caetano y José Rilla. (1994) Op. cit., pág. 238.

⁴³ Marcelo Viñar. “Memorias fracturadas. Notas sobre los orígenes del sentimiento de nuestra actual identidad nacional”, en *Identidad uruguaya: ¿mito, crisis o afirmación?*. Op. cit., págs. 33-47.

⁴⁴ El seminario organizado por el Centro Latinoamericano de Economía Humana (Claeh) y la Fundación Friedrich Ebert en Uruguay (Fesur) bajo el auspicio de la Intendencia Municipal de Montevideo (IMM) se convocaba bajo el título: *Identidad nacional: memoria, actualidad y proyecciones*.

⁴⁵ Fernando Devoto. “Introducción”, en *Identidad uruguaya: ¿mito, crisis o afirmación?*. Op. cit., pág. 16.

nes e ilusiones. Rastrear el significado de ser uruguayo en el Uruguay de finales del siglo veinte implica comprender dinámicas grupales, sectoriales y generacionales, que permitan atravesar la pluralidad de los distintos modos de relación social que, a pesar de su diversidad, pueden ser comprendidos en el marco más amplio de una forma colectiva de percepción y de vinculación.

La pregunta por la identidad tiene hoy multiplicidad de respuestas individuales y colectivas. El universo social es más plural, aunque todavía pueda sentirse la asfixia de una integración consensuada que presiona a la medianía, herencia del mítico pasado "batllista". Pero el escenario ha cambiado. Los cuestionamientos y las negaciones "onetianas" de aquel tiempo mítico no han pasado en vano y las impugnaciones actuales también son herederas de aquella radicalidad objetora. Tal vez en los *graffitis* de las paredes montevideanas puedan encontrarse algunas de sus expresiones sociales planteadas desde la relativa marginalidad de una voz que, aunque no cuenta con instrumentos oficiales de enunciación, también se ha convertido en voz pública. En 1994, en un muro que protegía un terreno baldío en Gonzalo Ramírez y Santiago de Chile, sentenciaba: "*Algunos nacen con suerte, otros, en Uruguay*".

Al finalizar su reflexión histórica sobre la crisis de identidad uruguaya de los noventa, Caetano manifestaba su preocupación por la apertura hacia la producción de procesos anómicos y de fragmentación social que podrían generarse ante la ausencia de mecanismos continentadores de la ruptura simbólica.⁴⁶ Sin embargo, cabe preguntarse si no es posible originar una lectura que recupere esa actitud escéptica de los uruguayos ante la suficiencia explicativa de los relatos míticos como una señal de identidad saludable frente a construcciones narrativas que, en su obsesión protectora de disgregaciones sociales, pueden ser capaces de ocultar las expresiones individuales y colectivas de la diversidad, y condenar cualquier crítica asistémica como anómica o disfuncional.

Una última palabra: no es posible vivir afuera del mundo explicado si no es generando una nueva explicación.

2. La especificidad de la construcción nacional uruguaya en el siglo XIX

El interés sociológico que, para los estudiosos del Estado de bienestar, representa el proyecto reformista del batllismo uruguayo, ha destacado frecuentemente las características del Uruguay como *laboratorio social* para la investigación de la reforma social del Estado moderno. En un sentido similar, el presente trabajo pretende rescatar la referencia a la experiencia uruguaya como *laboratorio político* para el análisis de la funcionalidad moderna de los procesos ideológicos de construcción nacional. En primer lugar, las dimensiones sociales de un país de 74.000 habitantes en el momento de la creación del Estado resulta un dato situacional impactante en cualquier estudio social.⁴⁷ No obstante, se trata de una sociedad compleja que no acepta análisis reduccionistas ni simplificadores, a pesar de la apariencia manipulable que pueda generar la pequeñez al observador que no logre traspasar su primera inocencia. La inexistencia de población autóctona supuso, en segundo término, la implementación creativa de los

⁴⁷ Recurriendo a otras fuentes documentales para calcular la situación demográfica del territorio de la Provincia Oriental en el momento de la independencia, Roque Faraone apunta las consecuencias económicas y políticas de la escasa densidad demográfica, subrayando las dificultades de la configuración estatal en condiciones semejantes. "*En 1825-28 la Provincia Oriental, de límites semejantes a los que actualmente tiene el Uruguay, poseía una población de aproximadamente 40.000 habitantes y el resto de los centros urbanos (que agrupaban entre 500 y 2000 personas) no llegaban a una docena situados casi todos ellos al sur del Río Negro y muy próximos a la costa. [...] Era discutible en 1828 que 50.000 habitantes en 190.000 kilómetros cuadrados, con 10.000 en su capital, pudieran organizar una estructura capaz de ejercer real jurisdicción sobre todo el territorio, en forma permanente; y que, además, pudieran organizar una representación diplomática universal. Pero más difícil será la empresa cuando se agregue la hostilidad real de los dos poderosos vecinos que no renunciaron a anexarse la República Oriental hasta varias décadas más adelante*". Roque Faraone. "Apuntes sobre el pasado económico uruguayo", en el número monográfico de *Cuadernos de Marcha*, 4 ("Uruguay, las raíces de su independencia"), Montevideo, agosto 1967, págs. 52-53.

⁴⁶ Gerardo Caetano. (1991), Op. cit., pág. 39.

mecanismos narrativos de legitimación social, paradójicamente sustentados en una versión nacionalista etnocultural del proceso histórico, cuyo trabajo de elaboración resulta interesante revisar. En tercer lugar, corresponde estudiar cómo a pesar de la división de lealtades en los sectores dirigentes urbanos y rurales -por un lado, el involucramiento de las elites montevidéanas con el proyecto cisplatino brasileño, y por otro, el alineamiento político de los caudillos rurales con el proyecto de integración rioplatense- *“fue posible adherir no del todo colectivamente, no del todo entusiastamente, pero adherir al fin y al cabo”*, comentan Caetano y Rilla,⁴⁸ a la creación de Estado Oriental. La historiografía contemporánea ha explicado que, no obstante estas alineaciones, la fórmula independentista apareció, en el contexto de la guerra argentino-brasileña, como alternativa viable a los grupos dirigentes montevidéanos frente al agotamiento del proyecto brasileño, que no había logrado colmar las expectativas del patriciado local y a la dificultad argentina de sostener la guerra con el Imperio. Sin tradición independentista -aunque la lucha por la autonomía provincial pueda rastrearse desde el comienzo de la vida política de la comunidad *oriental*-, el patriciado montevidéano fue capaz de suscribir e incluso concebir la -en principio lejana- idea nacional uruguaya. En cuarto término, la idea nacional en Uruguay aparece como una tradicionalización narrativa de algunos hechos significativos del pasado y la estilización de determinadas conductas y actitudes sociales rechazadas por las formas de vida moderna como expresión del atraso y la barbarie. Se trataba de olvidar el pasado para borrar la imagen de la creación del Estado como expresión política de intereses ajenos a las luchas orientales y la “recuperación” de un pasado independentista heroico fue el cimiento más estable para edificar el sentimiento de comunidad nacional. Con la memoria heroica también se reconstruyó una forma de vida, y en la mitificación romántica de la figura del gaucho errante y solitario, se recreó la imagen del anónimo protagonista de la construcción nacional. Más allá de la fórmula política que sirviera

de expresión al proyecto nacional -más allá de la exclusión de los orientales en la negociación de la Convención Preliminar de Paz- la *orientalidad* representaría una experiencia cultural intransferible e incomprensible para quien no hubiese participado de su creación o no hubiese sido socializado entre sus referentes simbólicos.

Incorporando esta representación etnocultural de la nacionalidad al vínculo contractualista generado por una Constitución política, que excluía a la mayor parte de la población del privilegio de la ciudadanía, el patriciado lograba edificar una comunidad inclusiva de pertenencia ante la que todos sus miembros podrían referirse en términos nacionales.

3. La reconstrucción del fundamento esencialista del relato de los orígenes

Mediante el análisis discursivo de los textos nacionalistas producidos por la generación del 78 y la revisión de algunos argumentos de sus impugnadores, se ha pretendido recuperar la primera formulación nacional en el Uruguay del ochocientos, con la intención de situarla entre los primeros esfuerzos por afirmar el marco jurídico-institucional del Estado moderno en la América republicana del siglo diecinueve.

“Los pueblos tienen nombres simbólicos, frases inexplicables a los extraños, con que designan una gloria que ha pasado o revelan la esperanza de un porvenir ansiado en el infortunio presente. [...] Esa tradición, esa leyenda del pasado, transmitida por unos a los otros, ha venido encarnándose en el espíritu de las generaciones, y la tierna poesía de los campos ha querido consagrarla con un nombre tan simpático como triste, llamando a los hombres del pasado, los hombres de la patria vieja. Nada más conmovedor y significativo, que esta designación poética que habla con tanta fuerza al corazón, y hace estremecer el alma cuando se piensa en ella”.⁴⁹

⁴⁹ Francisco Bauzá. Artículo publicado en el diario *Los Debates*, el 19 de mayo de 1872. Tomado del “Estudio preliminar” de Juan Pivel Devoto en *Historia de la dominación española en el Uruguay*. Biblioteca Artigas, Colección de Clásicos Uruguayos, vol. 95, Tomo I, primera parte, 1965, pág. 65. Subrayados del autor.

⁴⁸ Gerardo Caetano y José Rilla. (1994), Op. cit., pág. 31.

De acuerdo con las reformulaciones románticas propuestas por el nacionalismo de base etnocultural, la identidad nacional uruguaya se edifica, entonces, sobre un fondo simbólico imposible de compartir con quienes no han sido socializados en las referencias que sustentan la cohesión nacional.

Desde una lectura optimista que lee la historia humana como progreso y la naturaleza en términos de evolución, las metas políticas se fijan en las sociedades que se constituyen en paradigmas de la civilización. En un mundo que es testigo permanente de lo que el discurso civilizador define como atraso y barbarie, la tradición será la propuesta que, siguiendo el camino de la mitificación, inmortalice una caricatura estilizada del mundo premoderno. De esta forma, el indio *charrúa* y el *gaucho* seminómada se convertirán en las imágenes sociales en torno de las que se estructura la primera versión de la nacionalidad: la *orientalidad*. Esta imagen de la nacionalidad como *orientalidad*, que Acevedo deja impresa en sus novelas, constituye la primera representación social de la patria. La orientalidad rememora la *patria vieja*, se identifica con las luchas autonómicas de Artigas -tanto en las versiones historiográficas del independentismo como en sus cuestionadoras revisiones unionistas-, se estremece con la imagen de valentía de los *Treinta y Tres Orientales*, aunque propone como protagonista indiscutido del proceso a un pueblo oriental en armas que no renuncia a lo que le pertenece por derecho de nacimiento.

En medio del conflictivo proceso de identificación comunitaria, una imagen despo-

litizada y nacionalizada de *Artigas* fundamenta un proyecto político que no reconoce fundamentos legítimos en la voluntad colectiva de las luchas pasadas.

Eludiendo abordar el tema de la ausencia de los orientales en las negociaciones de la Convención Preliminar de Paz, que en 1828 dio origen al Estado uruguayo como fórmula transaccional en el conflicto bélico entre Argentina y Brasil, el relato de los orígenes nacionales recurrió a la mitificación de los *Treinta y Tres Orientales*, construyendo una imagen heroica de gran rendimiento simbólico y perdurabilidad.

En el contexto de la primera modernización de signo capitalista, el conjunto de símbolos heredado del contractualismo formalista de la Revolución francesa resulta insuficiente para generar la cohesión social necesaria, para viabilizar la transformación social y económica de la república pastoril y caudillesca. Es necesario dotar de contenidos a este discurso abstracto, acercar el proyecto político a una población escasa -se estima en 74.000 habitantes en el momento de la constitución formal del Estado-, dispersa en un territorio sin límites definidos, que vive en un estado de inseguridad civil permanente, ya que el Estado aún no ha conseguido el monopolio del ejercicio de la fuerza. Desde el discurso literario, la poesía, la pintura y la historia, las elites letradas del patriciado montevideano asumirán la tarea de la primera construcción nacional. El Estado, en proceso de modernización, contribuirá a unificar los lenguajes y a dirimir el sentido de la polifonía semántica.

Bibliografía

ACHUGAR, Hugo: **Poesía y sociedad (Uruguay 1880-1911)**. Arca, Montevideo, 1985.

CAETANO, Gerardo: "Identidad nacional e imaginario colectivo en Uruguay. La síntesis perdurable del Centenario", en *Identidad uruguaya: ¿mito, crisis o afirmación?* H. Achugar y G. Caetano (comps.), Ediciones Trilce, 3ª. ed., Montevideo, 1993.

CAETANO, Gerardo y RILLA, José: **Historia contemporánea del Uruguay. De la Colonia al MERCOSUR**. Fin de Siglo, Montevideo, 1994.

CHIARAMONTE, José Carlos: *Boletín del Instituto de historia Argentina y Americana* "Dr. E. Ravignani", tercera serie, n° 1, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 1989.

--- "Modificaciones del Pacto Imperial", en *De los imperios a las naciones: Iberoamérica*. A. Annino, L. Castro Leiva y F-X. Guerra (dirs.), IberCaja, Zaragoza, 1994.

--- *El mito de los orígenes de la historiografía latinoamericana*. Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani", Buenos Aires, 1991.

- DE TORRES, María Inés: **¿La nación tiene cara de mujer? Mujeres y nación en el imaginario del siglo XIX**. Arca, Montevideo, 1995.
- FARAONE, Roque: "Apuntes sobre el pasado económico uruguayo", en el número monográfico de *Cuadernos de Marcha*, 4 ("Uruguay, las raíces de su independencia"), Montevideo, agosto 1967.
- LARRAIN, Jorge: "La identidad latinoamericana: Teoría e historia", en *Estudios públicos*, 55, Centro de Estudios públicos, invierno 1994.
- METHOL FERRÉ, Alberto: **Uruguay como problema, en la cuenca del Plata, entre Argentina y Brasil**. Diálogo, Montevideo, 1967.
- "Relatoría", en *Cultura mercosur. Políticas e industrias culturales*. Hugo Achugar (coord.), Fesur, Montevideo, 1991.
- NAHÚM, Benjamín: **Manual de Historia del Uruguay**. Tomo 1, Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo, 1994.
- PIVEL DEVOTO, Juan y RANIERI, Alcira: **Historia de la República Oriental del Uruguay**. Editorial Medina, Montevideo, 1972 Tomo 6: "El nacimiento de la República."
- PIVEL DEVOTO, Juan: "Estudio preliminar" en **Historia de la dominación española en el Uruguay**. Biblioteca Artigas, Colección de Clásicos Uruguayos, vol. 95, Tomo I, primera parte, 1965.
- REAL DE AZÚA, Carlos: **Uruguay, ¿una sociedad amortiguadora?** Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo, 1984.
- REYES ABADIE, Washington y VÁZQUEZ ROMERO, Alfredo: **Crónica general del Uruguay**, vol. II: "La emancipación". Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo, s.f
- RIAL, Juan: "El imaginario social" uruguayo y la dictadura. Los mitos políticos de [re]construcción", en *De mitos y memorias políticas*. Carina Pirelli y Juan Rial. Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo, 1986.
- VARELA, José Pedro: **Obras pedagógicas. La educación del pueblo**. Biblioteca Artigas, Colección de Clásicos uruguayos, vol. 50, tomo II, Montevideo, 1964.

Resumen

Analizando la nación como una construcción ideológica de carácter político, este trabajo busca desentrañar los supuestos ideológicos sobre los que se apoya la representación social de la nacionalidad uruguaya, que logra su primera definición política en el último cuarto del siglo diecinueve, cincuenta años después de la fundación del Estado. Con la modernización de sus estructuras productivas, cristaliza la organización moderna del Estado centralizado y se construye un discurso nacional de legitimación. Se define, así, un espacio social en el que los individuos se identifican como miembros y se refieren a sí mismos en la primera persona del plural.

Para situar el análisis en perspectiva histórica, resulta imprescindible recorrer las etapas del "itinerario" de la construcción de la identidad uruguaya, identificando los distintos productos simbólicos que han ido coagulando a lo largo de la historia del país. Al estudiar la construcción social de la identidad nacional uruguaya como proceso histórico, es posible reconocer cuatro momentos especialmente significativos, desde los cuales la experiencia colectiva de la definición se plantea con particular intensidad.